

## **Baja de la Cruz...**

**...y creeremos.**

**Un solo requisito: ¡Bájate de ahí! Por tantas, tantísimas razones.**

Ahora que te vemos alzado, intuimos que algo va a salir mal. Estás totalmente destrozado y solo, tus secuaces huidos. Vas a morir; pero hay un cosquilleo interno, una inquietud inexplicable que nos abrasa. Algo se vuelve en contra nuestra; en algo erramos.

¡Baja! Y baja pronto, antes de que esa cruz se agigante hasta cubrir con sus brazos los cuatro confines de la tierra. Intuimos que si llegases a morir crucificado, ese enorme madero será la piedra que anunciaste que nos haría añicos. Seamos francos, no vamos a creerte de ninguna manera. Si bajas les diremos que Belcebú te ampara, que no es sino un arte de negras magias.

Esa cruz nos molesta. Pudiera hacerte mártir. Querrías quizá hacerla significar heroicidad y sacrificio. Entrega. Mira lo que logró con el ladrón: convierte. Sin esa cruz dictaminaremos doctrinas que conduzcan por senderos más configurados a nuestros mesiánicos anhelos.

Dan miedo y ascos esos cruzados leños que te sostienen, el letrero tan alto diciendo que eres rey, el sol que escapa, la tiniebla que aprieta contra el suelo, la angustia embarazosa de no saber a qué conduce ese todo que se hace confusión, destino incierto. Antes prepotentes, ahora temblamos; antes seguros, ahora dudamos. Antes señores, líderes, amos, poseedores de la ley, maestros; ahora todo es duda y desarreglo.

Si bajas no te creo; no puedo; sería negarme a mí mismo después de todo lo que he hecho. Y si no bajas compondré un discurso para anular tu cruz. Ahora que sospecho lo que buscas, les diré que la cruz es signo maldito; la peor lacra el sufrimiento. Es la prueba suprema de que eres injusto hasta la entraña; que el dolor, lacerante, es sin sentido, ni fin, ni causa. Injusto tú, y más tu Padre que te ha clavado. Injusto que aquél que llamas Padre no detenga el brazo armado de cuchillo que va a clavarse en el pecho de su inerme hijo; que ve indiferentemente su camino regado de sangres y derrotas, desde el Getsemaní al Calvario. Injusto Padre que permite que un gobernador, fatuo y cobarde, tome a su Cristo y le cuestione, le azote, le denigre; que Herodes incestuoso le trate como a un loco; que un pueblo soberbio y engreído le escupa y le condene. Lo fue. Y si lo fue contigo ¿qué con nosotros? Lo es; ahora, aquí, conmigo. Alzó mil cruces después de aquélla; las ha sembrado en todos y cada uno de las miríadas de niños que sufren y han sufrido, de este hijo mío que se muere, o está parálítico, tullido; de los tiranos que sesgan vidas con crueldad, que oprimen y revientan sin que nada suceda. No veo dónde está tu misericordia, ni tu poder; sólo veo injustas calamidades, dolor y angustia, opresión, hambre, miseria. ¿Quieres que crea? ¡Si

eres Dios, tacha la cruz! itáchalas todas!; o afirmaré que eres un torcido impotente. Vale la pena que lo intentes: si bajas de la cruz, y si nos liberas a nosotros de ella --iarriésgate!-- acaso, entiende que sólo acaso, creeremos.

Hace tanto, Señor, que repito lo mismo. Mi juicio es ya perpetuo sin escuchar razones. Es más fácil culparte que culparme a mí mismo. Blasfemar se ha hecho en mí congénito, habitual, porque no arroja consecuencias si lo hago; y da prestigio, eleva el intelecto por encima de desacreditadas beaterías de otros tiempos. Sé que es un absurdo decir que eres Dios y al mismo tiempo llamarte injusto. Aunque ¿sabes?, lo creo y me lo creen. Y no me hables de resurrección y menos aún de esos que llamas tus seguidores. Son la más profunda prueba de tu fracaso. Te arrostraré con Nietzsche: «*Mirad a los cristianos. Siguen a un resucitado, pero sus caras son de muertos. ¿Cómo voy a creer a estos cristianos que, siguiendo a un salvador, no tienen cara de redimidos?*». Has fracasado con ellos y conmigo. No des razones, que ni las quiero ni las entiendo.

No hay, amigo, explicaciones. No las va a dar. No vino a eso. No a abolir el dolor; no a hacer un tratado que apele a tu cerrado corazón; a tu empecinarte en tu ceguera, en tu exacerbado amor de ti mismo. Es su misterio. No vino a suprimirlo; vino a acompañarte en el dolor, vino a asumirlo Él. Primero Él. Vino, a hacerlo... ibueno!... con tal que lo claves al madero.

No va a bajarse. Ahí estará para mostrarte lo que sólo desde la cruz puede mostrarse: el amor puro, el amor loco. Para decirte que el sufrimiento es --le llama redención-- el más profundo y más hermoso de los misterios No va a bajarse, va a esperar, sin importar tus gritos, que seas tú el que te encarames en la cruz, que te cosas a ella porque lo quieres. ¿No entiendes que la única mentira es que haya en la cruz dolor y sufrimiento?

*No tengáis miedo. Esta cruz no fue mortal para mí, sino para la muerte.  
Estos clavos no me penetran de dolores, sino de un amor más profundo hacia  
vosotros.*

*Estas heridas no causan mis gemidos, sino que os permiten entrar más hondo en  
mi corazón.*

*El acuartelamiento de mi cuerpo os abre los brazos, no aumenta mi tormento.  
Mi sangre no se ha perdido para mí, ha sido vertida para vuestro rescate.*

No bajará. Somos tú y yo lo que tenemos que treparnos. Se trata de abrazarlo; no de entenderlo. No hay explicaciones. Darlas sería arrojar margaritas a los puercos.

**Jorge Arrastía Juárez**